

Alfredo El precio del éxito

Capítulo I

La ilusión con la que había aceptado el ministerio de aquella pequeña congregación se había esfumado. Parado allí, ante el púlpito, mirando la escasa concurrencia de su feligresía parecía estar viviendo la peor de sus pesadillas. Por la expresión de los rostros que tenía delante, podría decirse que lo mismo podían estar pensando, quienes con expresión cansada miraban por enésima vez su reloj de pulsera. ¡Cuánto odiaba que hicieran aquello! Era como si le estuvieran gritando a la cara: ¡Acaba ya que estamos hartos de oírte!

Aunque sólo alguno abría la boca de vez en cuando para bostezar, él podía oírlos a todos gritar: Nos equivocamos con usted. No es el brillante predicador que creímos que era.

-Para terminar, pongámonos de pie y cantemos el himno 154.

Todos parecieron aliviados al fin. Las notas del piano, tocado por la hermana D^a Josefina de 84 años de edad, parecían sumarse al letargo de aquella congregación que languidecía hasta el hastío.

De la escasa veintena de asistentes que acudieron al culto de esa mañana, muy pocos se pararon a saludarles con cortesía. La mayoría parecía tener demasiada prisa. Aunque el pastor pudo observar cómo en el aparcamiento tuvieron tiempo para detenerse y charlar entre ellos. Episodio que observó en dos ocasiones. Estuvo tentado de acercarse a uno de aquellos reducidos grupos para oír de lo que hablaban, pero, en realidad no lo creyó necesario. Sabía que de seguro estarían hablando de él y no precisamente para alabar el sermón de aquella mañana.

-Ni la propia esposa soporta sus soporíferos sermones, ya es la tercera vez que se excusa en un mismo mes. ¿Por qué hemos de aguantarlo nosotros? -dijo la Sra. Domínguez.

-Creo que debemos convocar una reunión de la comisión y hablar sobre la conveniencia de solicitar un cambio ministerial.

-No estoy seguro -dijo el Sr. Pérez. -Pienso que si decidimos orar por él debemos esperar el tiempo necesario para que Dios actúe y produzca un cambio en él o en nosotros.

- ¿En nosotros? ¿Por qué en nosotros? ¡El problema lo tiene él!

-No, querida -dijo el Sr. Domínguez, -en eso te equivocas. El problema lo tenemos nosotros que hemos de soportar cada domingo sus monsergas.

-Sí, tienes razón -rió su esposa y los demás.

El pastor Sergio Pagín no podía recordar ni cuándo ni cómo comenzó su apatía espiritual. Pero, como un neumático pinchado, había ido desinflándose poco a poco y actualmente tenía la sensación de estar arañando el asfalto, soltando chispas a su paso por donde quiera que iba.

No sólo había perdido su capacidad neumática, sino también la misma fortaleza somática. Se sentía acabado y no lograba superar aquella sensación de amargo cansancio, de rencor y resentimiento que se había instalado en su alma. Sabía que estaba mal. Pero se justificaba a sí mismo culpando a los demás de su desdicha. A los Domínguez por mostrarles abiertamente su animadversión, a los Pérez por no apoyarle lo suficiente, a su esposa por no intentar comprender por lo que estaba pasando. A los demás, por ser espectadores de su drama. Sin embargo, aquel lunes por la mañana se levantó de buen ánimo. No sabía explicar por qué, pero se sentía mejor. Como si el descanso de la noche realmente hubiera sido un sueño reparador. Al llegar a la cocina, su esposa, como cada día, ya estaba desayunando sola. Hacía algún tiempo que había dejado de esperarle para desayunar juntos. Aun así, se dirigió a ella, le dio los buenos días y depositó un beso en su mejilla que fue recibido con escepticismo, por no decir con cierto grado de desprecio. Sergio, no quiso estropear su buen estado anímico preguntándole cómo se encontraba. Por el contrario, fue él quien comentó:

-Hoy me encuentro francamente bien. Creo que he descansado como hacía algún tiempo que no lo hacía.

La esposa continuó comiendo su desayuno, mirando la televisión, como si su esposo no hubiera abierto la boca.

-Pienso que algo bueno está por suceder hoy.

-Quizás nos echen de la iglesia y por fin podamos irnos de este asqueroso pueblucho -dijo ella con expresión de asco.

-Querida, estamos donde Dios quiere que estemos.

-Y una mmm... dijo ella apretando los labios de mala gana. -Estamos donde tú querías que estuviésemos. El gran hombre de Dios. El predicador que iba a revolucionar el mundo con su mensaje.

-Ya lo hemos discutido otras veces.

-Tienes razón. Y aún sigo sin entender qué hacemos en este pueblo de mala muerte.

Él intentó responder, pero ella no le dejó.

-Eras el primero de tu promoción en el seminario. Hubieras podido elegir entre las tres iglesias más grandes que entonces estaban sin pastor y hubieras podido tener un ministerio de éxito. Pero, por alguna extraña razón que se me escapa, escogiste esta pequeña manada de lobos perdida en medio de la nada, en un pueblo del que nunca habíamos oído hablar.

Sergio volvió a hacer intento de hablar, pero nuevamente ella le interrumpió.

-Sí, ya sé. Tú querías comenzar desde abajo, e ir escalando posiciones hasta la cumbre. Pero ¡Qué pasó! Que después de tres años seguimos en éste horrible agujero.

-Cariño -dijo al fin cuando su esposa le dejó hablar, -Sé que dudas de mi ministerio y de mis capacidades...

-Sabes que no es eso -le volvió a interrumpir su esposa. No dudo de tus capacidades, si lo hubiera hecho no me habría casado contigo. Pero ¿De qué te sirven tus capacidades aquí? ¿Quién va a apreciarlas en un pueblo como este? Si estuviésemos en una gran ciudad, estoy segura de que ya formarías parte de la élite ministerial. Ya tendrías algún cargo importante en la denominación. Pero aquí, perdidos en este tugurio ¿Cómo esperar que nadie pueda descubrir tus habilidades para el ministerio?

-Él no quiso continuar con aquella discusión. No era la primera vez que la habían mantenido y sabía de sobra cómo acabaría. Por lo que optó por callarse y seguir desayunando. Mientras tomaba un sorbo de su taza, cuyo contenido ya estaba templado, para no mirar a los ojos de su esposa, miró la bandeja del periódico y al cogerlo, se cayó sobre la bandeja un sobre. Lo abrió y desplegó un folleto grande. Cogió la carta que lo acompañaba y la leyó confiando en que su esposa se hubiera vuelto a entretener con la televisión y se hubiera olvidado de la discusión.

La carta le sorprendió. Era de un compañero de seminario, Osvaldo, de quien no sabía desde su graduación. Le invitaba a una especie de congreso que había en la capital. Al parecer, venía una figura conocida a nivel internacional, para dar unas conferencias sobre crecimiento de iglesia. Por unos instantes, Sergio se sumió en sus pensamientos. Se vio en la capital, descansando unos días. Compartiendo con sus antiguos colegas de seminario. Pero inmediatamente rechazó la idea. Posiblemente a estas alturas, todos estarían bien situados y habrían hecho carrera, mientras que él... ¿Qué tendría para contar? Por un momento se le heló la sangre. Por primera vez se sintió fracasado y comprendió a su esposa. Una pesada nube se posó sobre su cabeza haciéndole olvidar la sensación de bienestar que había experimentado cuando se levantó esa mañana.

Mentalmente oró al darse cuenta. Aunque su vida espiritual dejaba mucho que desear, aún sabía que Dios oía el clamor sincero de sus hijos. Y recordaba la inquebrantable fidelidad de Dios, a pesar de que él le había sido infiel en demasiadas ocasiones. Fue una oración breve. Demasiado, quizás. Tanto que, casi más que una oración había sido un simple deseo, apenas sentido en lo más profundo de su corazón. Pero como otras tantas veces, supo que su clamor fue oído. Dios siempre había tenido un oído muy fino. Nunca desoía una llamada de auxilio de uno de sus hijos, por muy breve, callada, silenciosa o queda que hubiese sido. De inmediato, la nube se esfumó y regresó su bienestar emocional. Se volvió a sentir bien. Seguro de que Dios aún le consideraba, lo que reforzó su agradable sensación.

-Querida, creo que Dios te ha oído -se arriesgó él.

- ¿Qué quieres decir? Últimamente apenas si oro y lo único que recuerdo que le haya pedido es que nos saque de aquí.

-Me invitan a un congreso en la capital.

- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando?

- ¿No te das cuenta? A un congreso asisten multitud de ministerios nacionales y puedo entablar relaciones provechosas que allanen nuestro futuro.

-La esposa quedó pensativa por unos momentos con una expresión difícil de definir en el rostro que él no supo descifrar. Al final dijo, sin mucho convencimiento.

-Lo dudo.

Sergio supo leer la duda que recorría su cara. Más por el ansiado descanso de verse lejos de aquel lugar, aunque fuese por unos días, que por lo que le había dicho a su esposa, siguió.

-Imagínate que me encuentro con alguno de mis antiguos profesores. Tú sabes que muchas iglesias, incluso de otras denominaciones, se dirigen a ellos en busca de pastores bien preparados. ¡Quién sabe si Dios nos tiene ya reservado nuestro próximo destino!

- ¿De veras? -Dijo ella iluminándosele el rostro ante la sola idea. Era la primera vez que él había admitido la posibilidad de marcharse de aquel lugar. Quizás Dios estaba realmente respondiendo la única oración que últimamente hacía. Quizás merecía la pena intentarlo, aunque sólo fuera una posibilidad. -Tendríamos que convencer al consejo de iglesia.

-No te preocupes, creo que están tan hartos de mí que agradecerán perderme de vista unos días. Además, sólo estaré fuera un domingo. Podría invitar al pastor Jiménez, ya sabes que la última vez que le invité fue muy bien recibido.

-Sí, demasiado. Yo diría que si pudieran te cambiarían por él.

-Entonces ¿qué? ¿Respondo que iré?

-Ella le miró.

Capítulo II

Hacía ya más de un mes de su vuelta del congreso en la capital y la frustración había vuelto a apoderarse de su alma. A pesar de lo que disfrutó durante su viaje a la capital, en el que realmente, él mismo había llegado a creer que “su tiempo había llegado”, cuando estuvo en el hotel y comenzó a ver caras conocidas, las primeras conversaciones le dejaron claro que aquello no iba a ser fácil para él. Como temió en un principio, se sintió fatal al comprobar con envidia cómo todos sus compañeros de seminario, que aún permanecían en el ministerio, habían conseguido, de una u otra forma, prosperar en su camino, él se sorprendió así mismo mintiendo para no admitir que su vida era un completo fraude. Lo mal que lo había pasado, le había hundido en una depresión que no conseguía superar. Intentó engañar también a la esposa, pero no le fue tan fácil como con sus compañeros de seminario. Para colmo, la situación en la pequeña congregación que pastoreaba se estaba volviendo insostenible. Cada vez eran más las voces que le pedían que admitiera su ineficacia y se marchara. Pero ¿Dónde iría?

¿Cómo explicar su fracaso ante la denominación? ¿Cómo admitir su incompetencia ante el presbiterio nacional? Y si lo hacía ¿Quién le volvería a confiar una congregación?

Sin duda, su situación era caótica y no veía salida por ninguna parte. Incluso llegó a pensar, en un momento de verdadera frustración, si tal vez no fuera mejor morirse que seguir enfrentando dicha situación.

* * *

A mucha distancia de allí, en un lujoso despacho del Ministries For Word New Pentecost, un edificio impresionante, en una población a las afueras de Madrid, se celebraba una reunión entre el presidente internacional, el presidente nacional y el responsable del área ministerial.

-Necesitamos a alguien especial. Una verdadera bomba. Alguien con la suficiente ambición y ganas de prosperar como para no detenerse demasiado en consideraciones secundarias. Pero debe ser al mismo tiempo, alguien con la capacidad necesaria como para dar una buena imagen de la corporación. Alguien, suficientemente preparado y a quien podamos confiarle la dirección de este proyecto.

Todos los presentes se sumaron en un mutismo reflexivo, por la mente del responsable del área ministerial comenzaron a desfilar nombres que iba descartando uno a uno hasta que por fin.

- ¡Lo tengo! –Casi gritó, entusiasmado.

- ¿De quién se trata? –preguntó el director nacional.

-Tú no le conoces. Es un pastor bautista. Alguien de mi promoción.

- ¿Estás loco? Necesitamos a alguien capaz de movilizar masas, no de dormirlas.

-No. Espera. La persona de la que hablo, hacía mucho tiempo que no lo veía. Fue el primero de nuestra promoción en el seminario y todos los profesores le auguraban el mejor de los éxitos. Pero le volví a ver hace aproximadamente un mes en el congreso que organiza la Convención Bautista Nacional y pude comprobar que es un perfecto fracaso. Aún fue capaz de mentir para no admitir su frustración.

- ¿Qué hacías tú en la convención Bautista Nacional y cómo sabes que mentía sobre su fracaso?

-Sabes que siempre asisto, como espía, para robarles a los mejores, es mi trabajo. Por otro lado, yo tengo un tío que vive en el pueblo donde está la iglesia que él pastorea. Hacía mucho que no lo veía, pero por insistencia de mi padre le llamé para preguntarle cómo se encontraba y acabamos hablando más de una hora. Por lo que me contó, supe de quien me estaba hablando. Al verle en el congreso y preguntarle mintió descaradamente sobre su situación que es caótica. De hecho, están pensando en expulsarle de la congregación.

- ¿Y crees que necesitamos a alguien así en nuestra organización? Si no es capaz de sacar a delante una pequeña congregación de pueblo ¿Cómo será capaz de manejar multitudes?

-Ahí es donde te equivocas. Precisamente ha fracasado porque no está en su lugar. Ponlo ante un auditorio con diez mil personas y las hará llorar o reír, hará que le den hasta el último euro que tengan en el bolsillo. Y atraerá a muchos más.

-Y alguien capaz de hacer algo así ¿por qué no tiene éxito en una congregación pequeña? ¿No será más fácil convencer a unos cuantos que a una multitud? –preguntó el presidente nacional.

Philippe Cabalieri, Presidente Internacional de la Corporación aún no había abierto la boca, pero cuando su colega nacional iba a volver a objetar, levantó su mano y le calló de inmediato.

-Quiero conocerlo –dijo, sin más. Se levantó y mientras caminaba hacia la puerta se volvió para decir, -Que venga mañana mismo.

-Señor, tal vez, con tan poco tiempo...

-Si es como has dicho, le interesará y vendrá.

Se marchó dejando a los otros dos mirándose en el despacho. Cuando hubo salido, el director nacional le dijo al responsable ministerial,

-Encárgate de inmediato. No tienes tiempo que perder. Espero que no te equivoques. Sabes todo cuanto está en juego.

-Créeme, no me equivoco.

-Está bien.

Capítulo III

Cuando sonó el teléfono, Sergio, pensó que era el Sr. Pérez para informarle de la decisión del consejo de iglesia de que debía marcharse. Desde que volvió del congreso, y se ubicó en aquella angustiada depresión, no pensaba en otra cosa. Por lo que al oír el teléfono casi deseó que todo terminara de una vez.

-Diga –oyó que decía su esposa desde la cocina.

-Sí, ¿de parte de quién? Un momento, por favor.

Esperó a que apareciera ante la puerta de su despacho la interrogó con la mirada.

-No sé quién es. Dice que se llama Alfredo Ramírez y que desea hablar contigo.

- ¿Alfredo Ramírez? –Se preguntó así mismo Sergio. –Ah, sí. Había un Alfredo Ramírez que estudió con nosotros en el seminario ¿No te acuerdas de él?

-No –dijo escuetamente la esposa. ¿Qué le digo?

-Nada, yo hablaré con él. –Descolgó el teléfono y preguntó, - ¿Diga?

- ¿Sergio? ¿Sergio Pajín?

-Sí, soy yo. ¿Quién habla?

-Soy Alfredo Ramírez. Estudiamos juntos en el seminario ¿Te acuerdas?

-Sinceramente, vagamente.

-Bien. No importa. Te llamo porque tengo una oferta que hacerte. Pero necesito que te vengas a Madrid mañana mismo.

- ¿Una oferta? –miró a su mujer que aún estaba en la puerta escuchando la conversación, por encima de las gafas. - ¿Qué tipo de oferta?

-Una que te puede interesar y mucho. Estoy seguro de que es lo que has estado pidiendo a Dios durante todo este tiempo.

- ¿Y cómo sabes tú lo que yo le he estado pidiendo a Dios?

-Porque esta es una oferta de las que no aparecen todos los días y de las que, por supuesto, no se pueden rechazar. Pero no es para hablarlo por teléfono. Necesito que cojas el primer vuelo y te vengas para Madrid lo antes posible. Pues, queremos que te entrevistes con el Presidente Internacional del Ministries For Word New Pentecost.

-Perdona Alfredo, pero, creo que te has equivocado. Yo no soy pentecostal, soy bautista.

-Querido amigo Sergio, la obra de Dios no es ni pentecostal ni bautista, es la obra de Dios. Sólo te pido que vengas a Madrid y asistas a una entrevista, si después no te interesa sólo tendrás que volverte a tu pue-ble-ci-to –dijo recalcando sobremanera la última palabra.

-Está bien. ¿Puedes darme un teléfono al que llamarte después de que hable del asunto con mi esposa?

-Por supuesto. Ah, por cierto, ¿entenderás que también tu esposa tendrá una parte importante en tu carrera profesional si aceptas nuestra oferta?

-Está bien. Ya te llamaré en cuanto lo discuta con ella.

-Bien, espero tu llamada. Por supuesto, aceptes o no nuestra oferta, todos los gastos que te ocasione éste improvisado viaje correrá a cargo de la Corporación.

-Gracias –Se despidió y colgó el teléfono, atónito. Cuando levantó la mirada hacia su esposa, ésta estaba con los ojos y boca abiertos de par en par.

-Querida, cierra la boca o te entrará un enjambre de moscas.

Ella se acabó de secar las manos en el delantal y se sentó ante la mesa de su marido.

-Cuéntame ¿quién era? y ¿de qué oferta hablaba?

-Realmente no me ha dicho mucho, excepto que me puede interesar mucho. Y que es lo que he estado pidiendo a Dios durante todo este tiempo. Una oferta de las que no aparecen todos los días y de las que no se pueden rechazar. Pero la condición es que debo coger el primer vuelo para Madrid ya que no quería exponerla por teléfono.

- ¿Quién es ese Alfredo Ramírez?

-Ya te lo he dicho, estudiamos juntos en el seminario es todo lo que sé. Aunque creo que estaba en el congreso del mes pasado.

- ¿Para quién trabaja?

-Ha dicho algo así como Ministries For Word New Pentecost. ¿Qué debo hacer?

-Irás, por supuesto.

-Pero querida, nosotros no somos pentecostales.

-Tú mismo has dicho muchas veces que las denominaciones son cosa de los hombres, que lo único importante es la obra de Dios. Que cuando Cristo venga a por su Iglesia se llevará a su novia, una, que él no viene a por un harén.

-Sí tienes razón, pero...

-No hay peros que valgan –dijo ella decidida e ilusionada. –Te preparo la maleta pequeña con una muda, por si acaso, y te llevas puesto el traje azul de los domingos. ¡Quién sabe! Quizás sí sea la respuesta de Dios a nuestras oraciones.

-Primero debo llamarle para confirmarle que iré a la entrevista.

- ¿Y a qué esperas para llamarle?

-Está bien. ¿Estás segura?

-Por supuesto. Puede ser la posibilidad de salir de esta ratonera –dijo mirando de soslayo la casa y abarcando con su expresión todo el pueblo. Sergio descolgó el teléfono y marcó el número que Ramírez le había dado. Al otro lado de la línea...

-Te dije que no se lo pensaría mucho.

-Igual llama para decir que no viene.

- ¿Una cena? –dijo en una clara apuesta.

-De acuerdo. Ojalá la pierda, aunque deba pagarla. Responde.

- ¿Sí?

-Sr. Ramírez, un tal Sr. Sergio Pajín desea hablar con usted.

-Está bien, Marcela, pásamelo.

- ¡Sergio! Me alegro de que me hayas llamado tan pronto. Espero que sea para decirme que vienes a Madrid.

-Sí, siento curiosidad por oír la oferta que deseas hacerme.

-Está bien. Cuando llegues al aeropuerto, dirígete directamente al mostrador de Iberia, allí solo tendrás que presentar tu carnet de identidad y recibirás un billete en primera; cuando llegues a Madrid, te estará esperando un coche para recogerte y traerte a nuestra Central. El viaje no es muy largo, así que espero que no te canse demasiado, pues, tengo la intención de que tan pronto llegues, nos entrevistemos con el Presidente Internacional de la Corporación para hablar del asunto. Estoy convencido de que te interesará sobremanera.

-Está bien. Nos veremos mañana entonces en Madrid.

-Hasta mañana, si Dios quiere, Sergio.

-Hasta mañana, que Dios te bendiga.

* * *

-Me debes una cena –dijo Alfredo a su jefe.

-No sabes cómo me alegro. Ahora sólo espero que funcione ¿Estás seguro de que encajará en la Corporación?

-Estoy convencido. Sergio es una persona ambiciosa. Siempre se creyó por encima de los demás. Precisamente por esa razón, rechazó las mejores ofertas. Pensó que era capaz de subir desde abajo, pero se equivocó. No obstante, tiene una enorme capacidad de trabajo y es un excelente organizador. Hombre inteligente y hábil con las personas. Sí, creo que encajará a la perfección. Además, me propongo deslumbrarle con los parabienes que le esperan.

* * *

El viaje había sido demasiado cómodo. Cuando le ofrecieron una copa de cava, no se atrevió a tomarla, su conciencia le molestaría, y pidió un refresco conocido. Miró por la ventanilla del avión y desde la comodidad de su asiento de piel en primera clase, se dijo para sí mismo...

-Podría acostumbrarme a esta vida. Viajar de un sitio a otro en primera, alojarme en hoteles de cinco estrellas, vivir a otro nivel.

En realidad, siempre lo había deseado. En demasiadas ocasiones se había visto a sí mismo como un gran predicador de masas. Lo había soñado en tantas ocasiones, que estaba seguro que se trataba de un sueño profético, pero nunca se había atrevido a decírselo a nadie, ni a su propia esposa. Y ahora, en aquel avión, le parecía que aquel sueño era posible.

- ¿En qué consistiría la oferta que tenía que hacerle Alfredo? ¿Tendría que ver con aquel sueño?

* * *

-Querida, prepara las maletas, pues, en cuanto arreglemos mi sucesión en la iglesia, nos venimos a la capital.

La esposa no respondió nada en un principio. No podía, con el teléfono en la mano, se había quedado sin habla. Primero pensó que era demasiado bueno para que fuera real, pero inmediatamente después pensó que sería demasiado cruel para que se tratase de una broma de su marido.

- ¿De veras? –dijo al fin. - ¿De qué se trataba? ¿Cuál era la oferta?

-En un principio quieren organizar una serie de congresos y seminarios en los que yo tendría que participar. Si los resultados son satisfactorios me ofrecerán asumir el ministerio de una de las iglesias de mayor crecimiento del movimiento.

- ¿Resultados satisfactorios? ¿A qué resultados se refieren? Y, si no obtienes los resultados que ellos esperan ¿qué pasará con nosotros?

-No te preocupes, mi amor. Primeramente, me darán una especie de curso de capacitación en el que me prepararán para que los resultados sean los

que esperan. Son ellos, no yo, quienes garantizan que los resultados serán satisfactorios. Dicen que no puede ser de otra forma.

En ese momento llamaron a la puerta de su habitación.

-Perdona, querida, debo colgar, están llamando a la puerta. Luego te vuelvo a llamar.

Cuando abrió la puerta se encontró a un Alfredo Ramírez absolutamente distinto. No vestía de impecable traje, sino de manera deportiva.

-Espero que no estés muy ocupado, he pensado que tal vez te apetezca venir a jugar al golf y de paso, conocer a algunas personas importantes.

-Perdona Alfredo, pero no he jugado al golf en mi vida, y mucho me temo que no sepa ni cómo se coge un palo.

-No te preocupes, eso es lo de menos, ya tendrás tiempo de aprender, lo importante es que estamos invitados a jugar con unas personas muy influyentes y que quiero presentarte a ellos para que te vayan conociendo.

- ¿No te parece que vas muy deprisa? ¿No tienes miedo de que te pueda dejar en mala posición?

-Jajaja –rió Alfredo. –No te preocupes, estoy convencido de que harás un buen papel y estarás a la altura de las circunstancias.

-Pero no tengo ropa adecuada...

-No hay problema, me he tomado la libertad de comprarte algunas cosas.

Justo en ese momento, llegaba a la habitación un botones del hotel con algunas cajas y bolsas en las manos.

-Déjalo ahí –le indicó Alfredo metiéndose la mano en un bolsillo y sacando un enorme fajo de billetes de los que le tendió uno al botones.

-Gracias, señor. Si necesita alguna otra cosa.

-No gracias –respondió un sonriente Alfredo, mirando la cara de su amigo, consciente de que estaba produciendo el efecto que deseaba.

-Aquí tienes todo cuanto necesitas. Espero no haberme equivocado en las tallas. Tienes quince minutos para cambiarte, te espero abajo en la terraza del bar.

Cuando Alfredo salió de la habitación, Sergio comenzó a desenvolver las cajas y bolsas y a exponer su contenido sobre la cama. Sopesando con la mirada calculó la calidad y supo que el precio de aquellas prendas, zapatos y complementos, no lo hubiera podido pagar con su sueldo ni en varios meses. Reaccionó, sacudiendo aquellos pensamientos de su cabeza, y se dispuso a vestirse.

-Mucho mejor –dijo su amigo al verle. Ahora sí podemos ponernos en marcha.

Al pasar por la recepción del hotel Alfredo hizo una señal al conserje que estaba en recepción y éste asintió, descolgó el teléfono e hizo una llamada. Para cuando llegaron a la puerta, ya estaba un mozo esperándole con el coche en marcha.

Sergio se quedó boquiabierto al ver el descapotable deportivo y sintió una punzada de orgullo al saber que se iba a montar en aquel hermoso vehículo.

-Estás bien calzado –le dijo a Alfredo, cuando éste estuvo al volante de su Mercedes. –Es precioso.

-Me alegro que te guste. ¿Sabes? Ya no estamos en aquella época medieval en la que se asociaba la santidad a la pobreza. Considero que un hijo de Dios, y más un siervo de Dios, tiene el derecho de disfrutar de todo lo bueno que hay en el mundo. Porque en este mundo, corrupto y pecaminoso, también hay cosas buenas. Placeres que no tienen por qué estar velados para quienes servimos a Dios. En realidad, nadie tiene más derecho que nosotros para que disfrutemos de éstas comodidades.

-La verdad es que nunca se me había ocurrido pensarlo así.

-Mira, las gentes que trabajan para las grandes corporaciones tienen buenos sueldos, viven en casas lujosas y conducen buenos coches. Nosotros, ¿No servimos a Dios? ¿No es Dios rico y poderoso, mucho más que cualquier corporación del mundo?

-Puede que tengas razón, pero ¿Quién paga todo esto? ¿De dónde sale el dinero para este tren de vida?

-Muy sencillo. De la Biblia, mi querido hermano.

- ¿De la Biblia? ¿Qué quieres decir?

-1ª Corintios 9.7 *¿Quién fue jamás soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta viña y no come de su fruto? ¿O quien apacienta el rebaño y no toma de la leche del rebaño?*

- ¿Quieres decir que sale de la Iglesia?

- ¡Claro, de dónde si no!

- ¿Y la Iglesia ve con buenos ojos que vivas a este ritmo?

-Querido Sergio. Me temo que voy a tener mucho trabajo contigo. La Iglesia, lo que no vería bien es que sus pastores vivieran de cualquier manera. Los miembros de nuestras congregaciones quieren que les dirijan y representen gentes capaces, inteligentes, y que den buena imagen de ellos. Nosotros debemos ser lo que ellos quieren ser. Ya estamos llegando –dijo dando un volantazo y saliendo de la carretera e introduciéndose en un camino de grava. Ahora conocerás a algunas personas que te presentaré. Déjame hablar a mí.

La verdad es que Sergio no tenía intención de hablar demasiado, es más, no sabría de qué. Se sentía como pez fuera del agua. La suntuosidad de aquellas instalaciones, el aspecto de todos cuantos estaban por allí, todo parecía gritarle que él no pertenecía a aquel mundo. Pero se limitó a acompañar a Alfredo y saludar con una sonrisa a cuantos éste le presentaba. Al volver al hotel y recordar la mañana, a Sergio le sorprendió la capacidad de alternar que tenía Alfredo. ¿Cuántos Martinis se había tomado? Al menos cinco o seis, quizás más. Al segundo, Sergio lo rechazó.

-No estoy acostumbrado –le había dicho a Alfredo al oído. Y éste, como si tal cosa, le sonrió y le dijo:

-Pide cualquier otra cosa, lo que te apetezca –y siguió con su animada conversación.

De vez en cuando le incluía a él en la charla, imaginó que, para que no se sintiera fuera de lugar, lo cual era imposible.

Antes de darse cuenta se había dormido tendido sobre la cama, sin desnudarse siquiera.

Se despertó temprano, sobre las siete de la mañana. Sintió deseos de orar y dio gracias a Dios por todas aquellas experiencias, pero sin darse cuenta, acabó pidiendo discernimiento para no dejarse arrastrar por el atractivo de aquella vida y terminar desviándose de sus principios y valores. Él mismo se sorprendió de estar pidiendo por eso y se culpó de ser un mal pensado. Aun así, y a pesar de que a todas luces, aquella oferta le permitiría por fin realizar su sueño de predicar y enseñar por diferentes lugares, mejorando al mismo tiempo su situación social y, sin duda, su matrimonio, pidió dirección a Dios para que le mostrara si todo aquello era o no parte del plan de Dios para su vida. Se hizo a sí mismo la promesa de que si Dios le indicaba que no era así, lo abandonaría todo sin pensárselo dos veces.

Capítulo IV

La comisión de la iglesia para el cambio ministerial, no sólo no les puso impedimento, sino que, agilizaron la tarea de modo admirable. No en vano estaban buscando la manera de comunicarles su deseo de sustituirle, por lo que, al pedirles, él mismo, su relevo, Sergio no hizo sino simplificarles la tarea, por lo que hallaron todas las facilidades del mundo para encontrar un sustituto. Nadie se sorprendió de que fuera el pastor Jiménez.

* * *

Sergio asistió a varios congresos, conferencias y cultos multitudinarios en diferentes ciudades, viajando por todo el país y los dos archipiélagos, visitando los mejores hoteles y restaurantes.

Durante este curso intensivo, el inseparable Alfredo le iba llamando la atención sobre ciertas técnicas que él llamó homiléticas, (es decir, relacionada con el arte de hablar en público) y que Sergio debía aprender a manejar. Pues, estas técnicas le garantizarían el “éxito en su ministerio”.

A Sergio le parecía que dichos métodos rozaban la manipulación. Sin embargo, el ritmo que llevaban, el ambiente en el que se movía, el dinero que manejaba, las personas influyentes que conocía y a las que era presentado como uno de los pastores de la Corporación, lo que sin duda le abría multitud de puertas, todo esto, hacía que la voz interior que de vez en cuando intentaba llamar su atención se fuera apagando poco a poco.

Su primera prueba fue en una iglesia “pequeña” de quinientas personas, Sergio estaba realmente nervioso antes del sermón, miró a su esposa y ésta le tranquilizó con su mejor sonrisa.

Justo antes de que se levantase para tomar la palabra, Alfredo se acercó a él y le dijo al oído, no eres un novato en tu primer sermón, eres un siervo de Dios consumado, bien preparado y que va a servir bien a su Señor. Vas a arrasarlo. Además, estás haciendo la obra de Dios, por lo que debes recordar que el mismo Dios te ayuda. Adelante.

Sergio compuso su mejor sonrisa, aunque notó que le temblaron brevemente los músculos de la cara, y se dispuso a hablar.

Los conocimientos que había adquirido últimamente, su propia buena formación teológica y la convicción de que estaba allí porque Dios le había guiado, produjeron un efecto sedante a su sistema nervioso central y le relajó, de tal manera que nadie hubiera dicho que aquella era la primera vez que se dirigía a tanta gente.

El éxito fue rotundo. La gente vibraba a sus reclamos. Se sonreían, lloraban, repetían sus palabras o aplaudían cuando él quería. Un grupo de casi doscientas personas se acercaron a la plataforma para que él orase por ellos, y como había aprendido, lo hizo, prometiéndoles cual profeta, bendiciones divinas para sus vidas.

Alfredo se felicitaba por el fichaje. Aplaudía como uno más, aunque por motivos distintos que el resto de la gente que lo hacía.

La esposa, no cabía de felicidad. Por fin, estaba viviendo su sueño. Había dejado detrás aquellos años de angustias y frustraciones y ahora el futuro le sonreía. Las lágrimas de agradecimiento surcaban su rostro y no paraba de alabar a Dios.

-Gracias, Dios. Gracias, Padre. Gracias. Gracias...

Aquella noche, ya acostados y después de haber hecho el amor apasionadamente como hacía mucho tiempo que no recordaban, conversaban sobre su futuro.

-Por fin estamos donde debíamos estar.

- ¿Estás segura de eso?

- ¿Cómo? ¡Claro! ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso tienes dudas?

-Sinceramente, no lo sé. Tengo la sensación de estar traicionando mis principios por mejorar nuestra situación.

- ¿Acaso has hecho algo que no debías hacer? ¿Te han pedido que renuncies a algo de lo que crees?

-Bueno, no....

- ¿Entonces?

-No es eso.

-Entonces ¿qué es?

-En realidad no lo sé. Se trata más bien de una sensación extraña.

- ¿Sensación extraña? ¿Sabes qué puede ser?

- ¿Qué?

-Que hace demasiado tiempo que no nos sentíamos bien. Por eso te resulta extraña la sensación. Por favor, no lo estropees ahora con tus estúpidos prejuicios. Piensa en que el próximo miércoles estaremos viajando y tendrás que predicar en otra iglesia aún mayor.

-Sí. Puede que tengas razón. De todos modos, estamos ahora mucho mejor que antes y con más futuro. Además, estamos sirviendo a Dios.

-Eso es, no lo olvides.

-No querida. No lo olvidaré.

Sergio tenía un don natural y otros varios dones sobrenaturales que le capacitaban sobradamente para realizar la labor que había comenzado. Cuando fue instalado de manera oficial en una de las iglesias más grande de España, con dos mil seiscientos miembros, se sintió realmente realizado. Había conseguido su sueño y tenía por delante enormes retos que le animaban en la tarea. La única condición que puso fue que quería escoger personalmente a sus colaboradores. Se rodeó de un grupo de personas eficientes y supo motivarlos para trabajar en equipo. Había establecido un método de trabajo que no dejaba a nadie fuera, incluso a quienes no querían, se les involucraba de una u otra forma. Los resultados no se hicieron esperar y comenzaron a cosechar frutos abundantes. Venían gentes de todos los lugares movidos por el deseo de conocer qué estaba haciendo crecer tan rápidamente aquella congregación. En menos de un año se había duplicado y su nombre comenzó a ser conocido y reconocido. Comenzó a recibir invitaciones de diferentes lugares para dar conferencias y seminarios. Y la iglesia seguía creciendo vertiginosamente.

- ¿Qué opina ahora de la obra en España, Mr. Cabalieri?

-Que no te equivocaste con Sergio. Ha resultado ser un buen fichaje.

-Me alegro que piense que merezco el sueldo que me paga.

-Yo no he dicho eso Sr. Ramírez. He dicho que Sergio se gana el sueldo que cobra.

-Jajaja –rió Alfredo, sin saber muy bien si su jefe iba en broma o en serio, - de todos modos, fue un fichaje mío.

-Sí. No te quito el mérito, pero ya es hora de que te pongas en marcha para buscar a otro Sergio, ya que éste me lo llevo a Latinoamérica.

- ¡Cómo! –dijo Alfredo sin poder esconder su sorpresa. –No puedes hacer eso.

-Claro que puedo. ¿Olvidas que soy el presidente?

-Pero le necesitamos aquí. Usted mismo ha dicho que está haciendo un buen trabajo, quitarlo ahora sería un desastre.

-Espero que no. Tienes dos meses para buscar a otro. Pienso que tu amigo Sergio es mucho más valioso en Latinoamérica, donde la gente responde con mayor rapidez al evangelio, que aquí.

-Pero sabe el enorme crecimiento que está teniendo la congregación. Ha roto todos los índices previsto y continúa subiendo el porcentaje mes a mes.

-Sí, tienes razón. Pero mientras aquí ese porcentaje representa unidades de centenas, en Colombia, Ecuador, Perú, o cualquier otro país latinoamericano supondría decenas de miles. Como comprenderás debemos rentabilizar, al máximo, nuestras inversiones.

-Eso supone un reajuste total de la Corporación en España. ¿Ha previsto la posibilidad de que Sergio se niegue?

-Jajaja –rió el presidente, -por supuesto que no se negará.

- ¿Cómo puede estar tan seguro?

-Porque cuento con un aliado muy especial para Sergio. Alfredo puso tal cara de poker que su jefe volvió a reír.

-Jajaja. Me refiero a su esposa. Me he mantenido en contacto con ella y me he ocupado de contarle cuán grandes cosas les esperan por tierras americanas. ¿Qué pensabas Alfredo, que sólo tú conoces a la gente o usas la psicología?

-Veo que lo tiene todo previsto.

-Todo, por mi parte. Ahora te toca a ti. Ponte en marcha de inmediato y busca un sustituto para Sergio. Habla con él. Posiblemente él mismo, en su equipo cuente con alguien que considere capacitado para asumir sus responsabilidades en España. Mientras se prepara para su traslado a América, que prepare también a su sustituto. No tiene por qué pensar que es para siempre, quien sabe si luego lo llevaré a Estados Unidos o a algún otro lugar.

Capítulo V

La carrera de Sergio fue meteórica. Sin duda era la persona adecuada. Los ingresos de la Corporación crecían paralelamente al número de fieles, lo que permitía a Sergio ir escalando puestos en su posición social. Desde fuera, era el claro ejemplo del hombre popular. Conseguía todo cuanto se proponía. Había escrito varios libros que llegaron a ser éxitos de ventas. Su metodología estaba siendo aplicada en cientos de congregaciones de diferentes denominaciones que deseaban tener su mismo crecimiento. Impartía seminarios a pastores en varios países y cobraba por ello. Cosechaba reconocimientos a nivel internacional. La nave viajaba viento en popa. Sin embargo, no era feliz. Sus continuos viajes, le obligaban a pasar demasiado tiempo alejado de su esposa que estaba involucrada, igual que él, en conferencias y seminarios y multitud de actividades que les mantenía alejados al uno del otro. Y aunque cada cierto tiempo estaban juntos, pasaban la mayor parte del tiempo hablando de sus logros o preparando los próximos. La distancia entre ellos era cada vez más evidente. Su relación parecía ir en dirección contraria a sus carreras. Y

conscientes de que la imagen era muy importante para ambos, procuraron mantener sus problemas escondidos de todos. Después de todos eran considerados por los demás como una pareja modelo. Por lo que pensó que después de todo, si descuidaba su matrimonio, lo hacía por la “obra de Dios”, así que nadie tenía nada que reprocharle.

* * *

En uno de sus muchos viajes, al llegar al hotel, cansado tras una dura jornada, se tendió sobre la cama con la intención de descansar, pero su conciencia no le dejó. Se acordó de su esposa y decidió coger el correo por lo que encendió su portátil y comenzó a ojear los mensajes recibidos que, como siempre, eran demasiados. De hecho, siempre dejaba que su ayudante los filtrara, pero quiso saber si su esposa se acordaba de él o también había encontrado algún “consuelo”. Repasando los correos llegó a uno que le llamó la atención por ser de un amigo del que hacía mucho tiempo que no recibía noticias. Era un compañero de seminario con el que se había llevado siempre muy bien y el único al que permitía cierto grado de intimidad. Abrió el mensaje y lo leyó.

“Estimado Sergio,

Te escribo estas letras para rogarte que hagas una oración por mí. Estoy en una terrible lucha con mi pecado. Desde hace tiempo estoy sintiendo un gran ataque del enemigo para caer en adulterio y lucho contra ello con todas mis fuerzas. Tú sabes que amo a Dios y que no le quiero fallar, ni a él ni a mi esposa. ¿Qué puedo hacer? He pensado que confesarte estas luchas me supondría un alivio, pero aun así continúo sintiendo la batalla. Sé que eres un hombre de Dios y un buen siervo. De hecho, Dios te ha bendecido grandemente, y aunque soy consciente de que quizás esté añadiendo una carga sobre tus ya sobrecargados hombros, de verdad, no tengo a nadie de confianza a quien contar algo así. Te ruego que me ayudes orando por mí y aconsejándome al respecto. Te lo agradeceré siempre.

Tu amigo,

Jorge

Su primera sensación fue enojarse, se sintió mal. La segunda fue de curiosidad por ver la fecha del mensaje. Había sido enviado hacía tres meses atrás. En todo ese tiempo, su ayudante no le había notificado nada al respecto. Calculó y supo que era la fecha cuando precisamente comenzó “su problema”.

Realmente no supo cuándo ni cómo surgió, pero un día, se sorprendió a sí mismo coqueteando con su ayudante de “ministerio”. Aunque luchó contra ello, antes de lo que esperaba había caído en adulterio. Trató de evitarla, pero cada día encontraba nuevas excusas para verla y cada día caía más hondo en su pecado. Al menos parecía que nadie del ministerio lo había descubierto, pero si seguían así, sólo era cuestión de tiempo. Pero, ahora, su

amigo, le pedía consejo sobre un tema que él mismo había estado ignorando y esquivando consciente y voluntariamente en su propia vida.

¿Qué le diría a su amigo que luchaba por no caer en algo que él venía practicando desde hacía todo ese tiempo? Podría reconocer sus propias luchas y derrotas, o adoptar la actitud farisea e hipócrita del santo varón que está por encima de la carne. ¿Qué haría? Sólo de pensarlo le mareaba el asunto. De pronto, se sintió en la cima del pináculo del templo y supo que había caído. Que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas y que ahora venía el lloro y el crujiir de dientes. Sin pretenderlo, vinieron a su mente las palabras de un grupo de influencia que ante Jesús gritaron: *“Qué tienes con nosotros, Jesús de Nazaret, has venido a atormentarnos antes de tiempo?”*

Pr. Nicolás García

Cada día tomamos infinidad de decisiones, unas grandes y otras pequeñas, pero tanto unas como otras tienen repercusión a la larga, en nuestro modo de vida. A veces somos conscientes de la importancia de una u otra decisión. Otras, en cambio, pasan desapercibidas, pero tarde o temprano, nuestra situación acaba siendo el fruto de nuestras decisiones. Así que más vale que tomemos conciencia de que todas, son importantes. Las grandes por grandes, y las pequeñas por su número. Todo lo que sembramos es lo que segamos. Nunca segaremos lo que no hayamos sembrado antes.

No obstante, las decisiones de algunos, afectan a mayor número de personas, por el lugar que ocupan. Esto es lo que ocurre en especial con los que se dedican a enseñar y dirigir las vidas de otras personas, sean pastores o psicólogos, o maestros, o políticos, etc. Es lamentablemente triste observar la caída de estas personas, especialmente de aquellos que en su discurso dicen servir a Dios. Por esta razón, todo el que está en autoridad, debiera, al mismo tiempo, estar bajo autoridad. Pues, la mutua supervisión facilita la corrección y la autodisciplina.